









Folleto de «EL LABARÓ»

---

PÁGINAS BREVES

---

# MARCHA SOBRE EL MAR



JOSÉ VAZQUEZ-YLLA  
SABATER  
VALLADOLID

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—  
1900





# MARCHA SOBRE EL MAR

Para la fe no hay abismos.

## I

Era una hermosa mañana de 1464, y tres Religiosos, vistiendo hábito pardo ceñido con cordón negro, se dirigían hacia la playa de Catona, pequeña ciudad de Calabria, frente al canal ó estrecho llamado el faro de Mesina, por tener á la opuesta orilla, en la isla de Sicilia, la hermosa ciudad de este nombre, cuyo puerto alumbra un faro á fin de señalar a los navegantes los escollos que deben evitar para penetrar en él.



Uno de los tres Religiosos era ya de cuarenta á cincuenta años de edad; los otros dos eran jóvenes, y todos tenían el bello tipo italiano que parece ya reflejarse en las estatuas de la antigua Roma; pero en el que se descubría más esta belleza varonil, era en el mayor de los Religiosos.

Era alto y de bella figura, moreno como verdadero calabrés, pero de ese color moreno mate que agrada á la vista y no anuncia un carácter de pasiones ardientes.

Sombrea las bellas facciones del Religioso una poblada barba que empezaba á platearse y llegaba hasta el pecho; adornando este rostro dos ojos más bellos que el cielo de Italia, que no tiene rival: sin embargo, aquellos ojos, á pesar de pertenecer á varón ya de cerca de medio siglo, parecían los de un niño, y su mirada pura reflejaba la inocencia de aquella alma, viéndose en sus pupilas, casi negras, el destello de la santidad.

Los tres religiosos llegaron á la playa, y en ella encontraron un buque que iba á levar anclas para hacerse á la vela, y cuyo patrón estaba pronto á atravesar un tablón que servía de paso del buque al puerto.



—Una palabra, Pedro Coloso, dijo el fraile al marinero; mis compañeros y yo debemos pasar á Sicilia por orden del venerable monseñor Pino, arzobispo de Cosenza, y te pedimos por caridad que nos embarques en tu buque.

El patrón miró al Religioso de pies á cabeza con aire de desprecio, se quitó su gorro colorado, y preguntó con socarronería:

—¿Cuánto me dará vuestra reverencia por el viaje?

—Hacedlo por caridad, Pedro Coloso, dijo con dulzura el fraile, pues bien os consta que somos pobres mis hijos y yo.

—¡Por caridad! dijo Pedro con sonrisa de desprecio. ¿Estáis loco, P. Francisco? ¿sabéis que la caridad es moneda que no pasa? Id enhorabuena ó enhoramala á pedir algunos dineros y cuando los tengais os embarcaré.

Y atravesando el tablón se metió en el buque, el cual levó anclas, y á un silbido del patrón se izaron las velas y empezó su marcha majestuosa al través del estrecho de Mesina, entre las risas de los marineros y viajeros que se burlaban de los pobres frailes.

Mohinos quedaron los buenos Religiosos;

pero el P. Francisco, volviéndose á ellos, les dijo:

—¡Hijos muy amados, no permita Dios que os acongojéis! A la otra parte del mar está Mesina; pues bien, allá iremos, y llegaremos antes que Pedro Coloso.

Y quitándose su capa la tendió encima de las aguas, diciendo á sus compañeros:

—Ven tú, Fr. Pablo de Paterno, y pon el pie sobre mi capa; y tú también, Fr. Juan de San Lucido, pero antes invoquemos á Dios.

Y los tres se arrodillaron en el puerto y juntando las manos llamaron al Eterno en su auxilio.

—Padre, dijo Fr. Juan de San Lucido, si queréis que vuestra capa sirva de buque, tomad la mía, que es más nueva y no la calará el agua.

—No, hijo mío, contestó el Padre; ponte sobre la mía, junto á mí, y no temas, que Dios siempre salva á los que en Él confían.

Fray Pablo de Paterno, sin hacerse de rogar, puso el pié sobre el extraño buque. El P. Francisco tomó su báculo, ató á él el extremo de su manto, que sirvió de vela y centro del barco. Fray Juan se abrazó á las rodillas

de su Superior, y la prodigiosa embarcación se alejó de la playa con gran rapidez entre los gritos de admiración de todo el pueblo de Cautona.

Por entre los escollos de Sicilia y los remolinos y los remolinos de Caribdis se deslizaba tranquila y con viento favorable la milagrosa embarcación; cuando pasó por delante del buque de Pedro Coloso, éste, su tripulación y los viajeros no acertaban á creer lo que veían, y el patrón, poniéndose sus manos una á cada lado de su boca, á manera de bocina para que su voz llegase hasta el Padre, le gritó en su lengua calabresa:

—Padre Francisco, venga su reverencia y sus compañeros, que mi barca es para ellos. Venga en nombre de Dios.

Pero el barco milagroso siguió su ruta y se perdió de vista, mientras que Pedro Coloso se daba de cabezadas contra la cubierta de su buque, repitiendo lo siguiente:

—He pecado, y merezco que me trague el remolino de Caribdis antes de llegar á Mesina, con mi buque y toda la gente renegada que va en él.

## II

Mesina entera acudía á su puerto. ¿Qué sucedía? Un prodigio.

Tres frailes venían encima de un manto, cruzando así el mar. Todos los veían, y sin embargo no acertaban á creerlo, cuando de pronto se levantó una voz que dijo con acento calabrés:

—Es el P. Francisco de Paula y los hijos de Mesina. Es el enviado de Dios, es el Santo de Calabria, el Santo de los milagros.

Cuando la milagrosa embarcación llegó á la ciudad, los mesineses se postraron de rodillas ante el humilde fraile y le besaron los piés, resonando en los aires un grito de general admiración expresado en estas palabras: «¡Hurra al enviado de Dios!» Pero Francisco de Paula dijo á los de Mesina:

—Hijos míos, debo pasar á Milazo, en donde me aguardan, y allí me manda Mons. Pino, arzobispo de Cosenza.

Los mesineses besaron su hábito y le acompañaron con gritos entusiastas aun después de salirse del término de su ciudad.

Una embarcación llegó entonces al puerto de Mesina, y de ella saltó un hombre de rostro atezado, con zarcillos de oro en las orejas y la cabeza cubierta con un gorro colorado, en uno de cuyos arremangados brazos se veía dibujada con sangre y carbón la imagen de Nuestra Señora del Carmen, patrona de los marineros napolitanos y calabreses.

Este hombre al ver el alborozo de la ciudad, preguntó lo que era, y le dijeron que acababa de llegar milagrosamente al puerto de Mesina Francisco de Paula, el Santo de Calabria, el enviado de Dios. Entonces el patrón, que era Pedro Coloso, se postró en tierra y gritó:

—Apedreadme. ¡Ira de Dios! Yo soy un hombre que debe morir en una horca, pues no quise embarcar, por codicia, al Santo mi compatriota. Hay en las galeras del Rey hombres mejores que yo.

Pasaron años, y murió el Santo que asombró á Europa entera con sus prodigios.

Cuando Francisco de Paula era venerado en los altares, se veía todos los días en la iglesia de su patria un anciano marino con los cabellos blancos, y con las orejas agujereadas

de las cuales colgaban unos zarcillos de oro, y en su mano un gorro colorado. El anciano iba cubierto con un capote á modo de marsequés, llevaba sus brazos arremangados, en uno de ellos se veía pintada con sangre y carbón la imagen de la Virgen del Carmen, y en el otro la del Santo de Paula, cuyas pinturas indelebles estaban hechas con pinzadas en la carne.

Al llegar á la iglesia el viejo marino se postraba en tierra, y después de besar el suelo un sin fin de veces, se golpeaba el pecho, y exclamaba besando su escapulario:

—¡Soy el infeliz que no quise admitirte en mi embarcación! ¡Santo mio! ¡y no sé por qué no me traga la tierra y por qué no me apedrean en Calabria!

Esto era lo que repetía todos los días Pedro Coloso, hasta que murió de puro viejo, siendo respetado por todo su país, el cual le perdonó su avaricia, que él no se perdonó nunca.

Es fama que el estrecho de Mesina, desde que lo atravesó nuestro Santo, ha perdido mucho de su bravura.

Los marinos napolitanos, sicilianos y calabreses, si alguna vez atraviesan el peligro-

so estrecho entre Scila y Caribdis, y ven en peligro sus vidas, se arrodillan en la cubierta de sus naves, y juntando las manos y orando con fervor exclaman:

—¡Santo de Calabria! ¡Santo de los milagros! ¡Glorioso Francisco de Paula, ten piedad de nosotros!

Y el Santo que atravesó sobre su manto el estrecho, los oye y los socorre, y la nave llega felizmente á Mesina ó á Nápoles, donde en la magnífica iglesia dedicada al Patriarca calabrés se postran, alabándole y ensalzándole.

FIN



